

textos

libros

Imperio y moralidad

(Pierre Legendre, *La fábrica del hombre occidental y Dominium mundi*, Amorrortu, Buenos Aires, 2008)
Madrid, 16 de abril de 2009.

Estamos ante dos pequeños libros escritos por Pierre Legendre, profesor de Derecho en París I y director del Laboratorio Europeo para el Estudio de la Filiación. Partiendo de una serie de programas radiales de France Culture y concebidos finalmente como guión de sendos documentales[1], uno no puede dejar de simpatizar con el mensaje humanista de estos textos, un poco elementales a primera vista, un tanto grandilocuentes y ritmados didácticamente para el formato audiovisual, que Legendre dirige contra la maquinaria imparable de la mundialización. *Dominium mundi* intenta poner en escena una "concepción gestinaria" del mundo que afronta el riesgo de perder la capacidad humana de dudar. La embriaguez de nuestra última evolución esquiva la cuestión humana de la identidad, la pregunta acerca de lo que permanece, lo que debe permanecer entre nosotros. Ahora bien, ¿Qué saben los aparatos científicos sobre lo no calculable? Contra la devoción positivista de la ultramodernidad, Legendre se pregunta a quién pertenece el mundo. La capacidad estratégica no es patrimonio de Occidente y el futuro no es planificable. Si la *gobernanza* no cayó del cielo, entonces es preciso remontar la cadena hacia las dimensiones ocultas de una Eficacia elevada a condición de regla global. La trama de estos dos libros recoge las pruebas de lo que resiste o anuncia su resistencia a la amenaza de exterminación de la identidad. Como diría Baudrillard, a quien nuestro autor se cuida mucho de citar, es el mundo mismo el que resiste a la mundialización. En los dos textos el punto de partida se inspira en un versículo del Apocalipsis de San Juan, "He aquí la Salvación y el Poder", lo cual ya indica que nuestro analista insistirá en el carácter cuasi religioso del actual imperativo categórico de transparencia. Con la Modernidad, el Dios se aleja o desaparece. Entonces el individuo pasa a ser el Soberano. Hoy la nueva Biblia, laica pero ferozmente conquistadora, reside en el maridaje fluido de una técnica, ciencia y economía que consagran el individualismo. La gran promesa occidental de un mañana inmortal pasó a ser objeto de mercado.

El punto terminal de *Dominium mundi* condensa un eterno interrogante que resiste a la gestión generalizada, la pregunta del sujeto humano frente al enigma del mundo. Una pregunta que es violentamente "local", no globalizable: *The Thing I Am*. La Eficacia es el emblema de las relaciones de jungla en medio de una refeudalización planetaria. Sin embargo, el Management y su *funky business* es un imperio difuso y en esto reside su fuerza, pues legiones de poderes en red volatilizan a las formas incapaces de competir. La gestión ultramoderna es indiferente a los sueños religiosos y políticos. Hoy es el tiempo del individuo banalizado y del universo cosificado: el tiempo de la insignificancia. ¿Qué ha sido de la razón para vivir? No detenerse parece la razón del cuerpo social, como si el estrés del cambio perpetuo nos protegiese con una pared flexible. Occidente se ha especializado además en desactivar las culturas comunitarias de los otros. Si

antes se decía "La Iglesia no tiene territorio", la Democracia unida al Management sin fronteras se hace hoy eco de este Imperio *en el que nunca se pone el sol*. La bolsa de veinticuatro horas cumple tal milagro. Sin embargo, bajo los rascacielos de la omnipotencia, el gran vacío continúa poblado por los clamores y gritos confusos de los desarraigados. ¿Y si el sueño "americano" de un gran sueño universal se volviera también él una pesadilla? Bajo la máscara de la felicidad obligatoria persiste la pasión insatisfecha, la fascinación del poder, la amenaza militar, el eterno deseo de vencer. Legendre recuerda: Necesitamos de la nostalgia, la promesa de jardines desconocidos.

En *La fábrica del hombre occidental*, un texto ocho años anterior, ya se habían adelantado la misma advertencia. Hemos olvidado que la fábrica del hombre es precaria. En este Occidente demasiado seguro de sí mismo, la capacidad de preguntar se ha derrumbado. Incansable y solitaria, decía entonces Legendre, la humanidad jamás reniega de sí misma. Vive y muere sin calcular. La humanidad vive y muere, una multitud reemplaza a otra multitud y estas cifras astronómicas parecen tener el efecto mágico de conjurar todo malestar. Pero la contabilidad no nos dice por qué el hombre se llena de nostalgia al ver la efigie del sol poniente. Al hombre le hace falta una razón para vivir, un saber que permita habitar el Abismo. Legendre recuerda que para que haya palabras tiene que haber un vacío entre las letras. Occidentales industrialistas, hemos inventado el ruido incesante, las montañas de objetos, la presencia totalitaria de lo lleno. Al desertar del vacío, olvidamos que al hombre le hace falta una escena, pues la humanidad sigue frente al precipicio del tiempo. Ignoramos incluso, desde la experiencia nazi, que un Estado triunfante también puede estar loco. En el siglo XX, ídolos de Estado como Lenin, Hitler, Stalin o Mao pasaron a encarnar la ideología parricida. El sacrificio humano de masas adquirió estatus de simple práctica gestionaaria. Al transformar en folclore la queja humana de todos los tiempos para entrar, dicen, en la era humana del placer y el capricho, nos hemos encontrado con niños asesinos, adolescentes petrificados en derechos sociales, juventud burlada en su derecho de recibir el límite. La banalización actual del asesinato (como demuestra el caso Lorrie) hunde sus raíces en la abolición del Padre. Las propagandas científicas traen consigo una nueva barbarie y el pensamiento de los tiempos próximos reclamará héroes, otra vez. Es necesario un gesto de supervivencia, que lo humano se ponga en concordancia con el Abismo. Las sociedades occidentales encargan a los científicos y a los administradores la tarea de eliminar el misterio y la tragedia. Ha habido Dios, pero ahora está la Ciencia, que le dice al hombre lo que es su cuerpo y lo que hay que pensar del pensamiento. La Ciencia es la heredera de los dogmas de Occidente, ella extiende su poder al control del desamparo y le explica al hombre lo que él vive. Asistimos como a un retorno burlesco del politeísmo, incluyendo (como había advertido Arendt) la esperanza de no morir. El hombre viene al mundo para asemejarse al enigma del hombre. Y esto es lo que no comprenderán jamás los contables de hoy: tienen una herencia totalitaria y sólo enseñan el desastre.

Como ven, Legendre no nos pone las cosas fáciles, no parece en principio ahorrarnos ninguna angustia. Y no tenemos nada que objetar, a la vista de nuestra *democracia real*, a este discurso apocalíptico. Confeccionado, por cierto, antes que la actual crisis económica enseñase en casa el coste dramático de este crecimiento *contra natura*, insultantemente desigual y discriminador. Claramente, el mundo sería peor sin este tipo de moralistas que representa

Legendre. A las puertas de este "apagón analógico" que no deja de coaccionarnos con el *atraso*, esto es, con alejarnos aún más de cualquier relación directa con lo real, no sobran libros como estos. No sobra este clamor por los límites, por recuperar el secreto, un diálogo con la zona de sombra que aquiete esta pasión totalitaria por la alta definición. Y no es que el mensaje de Legendre sea, en esta línea, precisamente novedoso. Por el contrario, su fuerza reside en renovar la vieja alarma sobre un orden parcial que se pretende "global", un orden básicamente inmoral en sus pretensiones hegemónicas.

Otra cosa es que la violencia autista de nuestro orden social (y apenas sabemos nada del subsuelo) arroje algunas dudas sobre el alcance de este humanismo. Legendre eleva una justa queja, pero no explica en qué consiste la eficacia política de esta *insignificancia* tan funcional. No hace suficiente hincapié, a mi juicio, en el sentido cultural, político y ontológico de la *separación*, de una alienación de la existencia mortal que pensadores tan distintos como Marx, Nietzsche, Unamuno, Baudrillard o Heidegger han situado en el centro de sus críticas al integrismo aparentemente neutro de la técnica. Falta una suficiente explicación política y ontológica del frenesí de esta huida, aquello que otros han situado en la conjura de toda forma-de-vida. ¿Por qué Legendre no recuerda que toda la velocidad de la Comunicación está al servicio de lograr una cobertura que evite *la* pregunta, esta: "¿qué es la vida si no hay reconocimiento de la muerte"? En este plano es más dura y actual, sin ir más lejos, la película *La edad de la ignorancia* (Dennis Arcand, 2008). Sin quererlo, Legendre le presta incluso una épica a esta liquidación nada ciega. No dudamos de la honestidad en su búsqueda de una Razón no instrumental, pero lo hace con un estilo grandioso, entrecortado y reiterativo que a veces confunde. La "razón de vivir" que tanto reitera podría llevarnos a sospechar que se contenta con complementar la feroz mañana capitalista con una tarde moral.

Es curioso que Legendre no cite más que de pasada la lucha de los otros, los que resisten a nuestra mundialización. Juraría incluso que no pronuncia la manoseada palabra "terrorismo". ¿Estará de acuerdo, por ejemplo, con el orden político que en Francia mantiene en la cárcel a un Julien Coupat? No es una pregunta menor, pues afecta, con Bush o con Obama, al estatuto moral y político de los que resisten, con las armas que tengan en la mano, a esta empresa de liquidación que Legendre tan elegantemente denuncia. El tono es muy reactivo, muy crítico, pero falta casi completamente la ironía, la crueldad, la soltura de una analítica de nuestro integrismo democrático y social. Sobra tal vez la queja nostálgica tipo: *Qué verde era mi valle*. No podemos estar en contra de esta argumentación, sólo que... nos sabe a poco. Nos sabe a poco permanecer con la pancarta de los derechos de una condición humana pisoteada al margen. ¿Simple añoranza de un sistema jurídico mundial que envuelva la avaricia del capitalismo? De ser así, incluso como reformista, Legendre se situaría por detrás de un Baudrillard o de una Arendt.

Nuestro profesor no deja de expresar el escándalo francés y continental ante la fluidez angloamericana, esa definición hiperreal que va orillando como "cultura" más o menos turística todo resto antropológico de alma, de sombra, de raíces. Se trata de aplastar, dice, el material humano para administrar sus fragmentos. Pero puede haber aquí otro desenfoque de la cuestión de la mundialidad, que hace parcial la queja: "América" y "Europa" son dos caras de lo mismo, y

esto no sólo en el espanto que volcamos sobre los no-elegidos. Como recordaba hace 50 años Heidegger, Estados Unidos llevan simplemente al extremo la furia de la separación intrínseca a la modernidad occidental. Legendre parece quedarse en el alegato metafísico ante la contabilidad numérica de las vidas. ¿No es la coartada que necesitamos para sentir que, en el fondo, nuestra sociedad es el mejor de los mundos posibles? "América" (llama así a EEUU) organiza el mundo. Europa, la excepción cultural francesa en este caso, se ocupa del resto moral y cultural, del complejo de culpa ante los daños colaterales.

Legendre también es un poco eurocéntrico también en esta queja metafísica ante la liquidación de las zonas de sombra entre nosotros, sin atender mucho al reguero de víctimas que hemos destripado en las afueras. Un poco "occidental" en esta idea de un espacio y un tiempo "precintados", como si Occidente hubiera engullido el exterior de la Tierra y sus pueblos, ignorados por nosotros. Poco antes de la imagen medieval de miles de ciudadanos "de color" pudriéndose en las aguas de Nueva Orleans, un personaje público estadounidense declara: "Lo que es bueno para General Motors es bueno para el país". A las puertas de estos millones de seres humanos arrojados actualmente a la miseria, suponemos que Legendre ironiza cuando habla de "el arma indolora de la Comunicación". O cuando dice que "Las ceremonias del marketing ponen en escena un mundo que no conoce amos ni esclavos, sólo la fraternidad planetaria". ¿Sabe que el 75% de la humanidad (J. Rifkin) jamás ha hecho una llamada telefónica y le importa un comino? A veces, Legendre parece haber escrito dos libros contra Fukuyama, muy anteriores a Huntington, al 11 de septiembre y a esta crisis que gestionan los mismos que la han creado.

¿Qué harán los elegidos con su eternidad?, se pregunta. Pero mientras hacemos esta pregunta el tornillo de la finitud, silenciosamente, aprieta nuestra ambición imperial de digitalizar la vida. Se acabó la eternidad, aquella euforia neoliberal de la mundialización. La humanidad resiste y esto ya lo saben hasta los estadounidenses. A la vista de las imágenes de Gaza, la pregunta sigue siendo: ¿hasta dónde llegarán los elegidos cuando la miseria amenace con salir de sus ghettos? A pesar de sus innegables méritos, Legendre recuerda un poco la grandilocuencia humanista que lava la mala conciencia de la macroeconomía.

Preferimos sin embargo quedarnos con la parte llena de la botella: "La Tierra gira de oeste a este, pasa y vuelve a pasar del día a la noche, pero nosotros vivimos según nuestro horizonte, habitamos lugares inmóviles". Y también con esta pregunta de *Dominium mundi*: "¿Saben los gerentes que son guerreros y que al manipular las imágenes y la palabra manejan explosivos? No se trasplanta sueños como se trasplanta órganos, de un cuerpo a otro".

1. *La fabrique de l'homme occidental y Dominium Mundi. L'Empire du Management*, DVD, Ideále Audience International, otoño de 2007.